

§ II. Las tendencias pseudo-científicas y el criterio intransigente. — Alarmas injustificadas. — Las ciencias informes y las formadas. — El criterio verdadero. — Carácter de la controversia actual. — El amor á la ciencia. — Respuesta á las acusaciones.

Siendo cuales acabamos de ver las tendencias pseudo-científicas, es evidente la necesidad de combatir-las. ¿Y cómo?

Ante el movimiento avasallador de las doctrinas modernas, muchos experimentan pusilanimidad y cobardía y llegan á cobrar aversión á las ciencias, á quienes echan culpas que sólo á sus cultivadores sectarios pertenecen. Y lo peor es que de la tal aversión participan personas verdaderamente ilustradas, por confundir, inadvertidamente, las ciencias con el abuso de ellas, las naturales expansiones de la razón con las tendencias contrarias á la misma, únicas reprobables.

Nosotros juzgamos que nuestra táctica en la lucha con los errores modernos, no ha de ser dictada por la pusilanimidad y el miedo, sino por la razón serena, por la prudencia reflexiva y por las enseñanzas de la historia. Nuestra táctica ha de ser, en el fondo, la con tanto éxito empleada por los grandes apologistas en todos los siglos: acomodarse á las circunstancias de cada época y combatir al enemigo con sus propias armas. Que es lo mismo que afirman Duilhé y otros apologistas de estos tiempos, como después veremos, cuando dice que no hay más remedio que colocarse en frente de los nuevos

problemas y oponer á la mentira científica la verdad científica (1).

Tan claro es este asunto, que no nos detendríamos en él si no tropezáramos aquí con otro criterio muy distinto que, por estar muy generalizado, ha hecho no pocas veces fracasar los generosos esfuerzos de los más doctos apologistas: aludimos al criterio de los intransigentes. Los cuales dicen en sustancia, que los errores modernos los debemos condenar *en globo y á priori*; que no debemos hacer *concesión ninguna* á los enemigos de la Religión, pues hacerles la más insignificante es exponernos á la necesidad de concederles cuanto desean, ya que entrando por el camino de las concesiones no habrá donde detenerse; que, en suma, debemos *cortar por lo sano*, porque de admitir todo lo absolutamente admisible, tendríamos que admitir también cosas inadmisibles.

De ahí que miren con recelo y desconfianza á los más experimentados apologistas, que creen necesario proceder de otra manera, acusándolos á veces de *condescendientes con el enemigo, de sospechosos, contagiados* ó, por lo menos, *temerarios*, que no saben mantenerse á *prudente distancia* del error, que se obstinan en llegar hasta el *extremo de lo lícito* con evidente peligro de incurrir en lo vedado (2).

Éstas y otras afirmaciones análogas óyense tan frecuentemente que, de tanto oírlas, el vulgo se acostum-

(1) *Apología, etc.*, pág. 28.

(2) Puede verse un reciente modelo de este criterio intransigente en Don Ramiro F. Balbuena: *¿Cubrió el diluvio toda la tierra? Cartas al P. Arintero* (publicadas en *El Correo Español* desde Junio del 96 hasta Marzo del 97, y después aparte en Toledo, 1897); especialmente cartas III, IV, V, XII, XIII y XXI, donde se hallarán muchas frases análogas á las referidas, cuando no las mismas al pié de la letra.—Y todo eso, para defender la *universalidad absoluta*, opinión

bra á mirar el criterio de que hablamos como la cosa más razonable del mundo, como el dictamen de una consumada prudencia.

De todos respetando la intención, defendemos que ese criterio ni es racional ni prudente. Lo racional y prudente es imitar el ejemplo que en este punto nos dejaron los Santos Padres y los apologistas más ilustres. Al surgir una herejía ó cualquier doctrina perniciosa, lejos de condenarla á bulto, se tomaban el trabajo de estudiarla á fondo, para, después de discernir lo verdadero de lo falso, rebatirla con claridad y solidez. De Santo Tomás nos consta que no rechazó en globo la filosofía aristotélica, con ser tenida por muchos como incompatible con la fe, sino que, pasándola por el tamiz de la razón serena, se apoderó de las verdades que contenía y, con ellas refutando sus errores, la purificó y convirtió de enemiga en poderosa auxiliar del Cristianismo. Lo que el Angélico Doctor con la filosofía aristotélica, debemos hacer hoy con las ciencias naturales, que son las ciencias de nuestros días, así como aquélla lo era del siglo XIII.

De las ciencias naturales, unas son ya formadas y otras andan aún en vías de formación. No tenemos por qué temer las formadas, pues ya saben defenderse por sí mismas, y, no consintiendo que se las desfigure ó desmienta, pregonan á grandes voces la infalible verdad de Aquél que es fuente de toda verdad, el Dios de todas las ciencias, y hacia quien van ordenadas y para cuya

antes respetable, pero hoy desechada casi unánimemente por los más esclarecidos exégetas y apologistas y por la enseñanza oficial de todos los Seminarios de Roma, á la vista del Papa, por lo mismo que resulta *impotente* para responder á las más serias dificultades científicas, ó, mejor dicho, *inconciliable* con los descubrimientos de la ciencia.

gloria se disponen todas las investigaciones humanas (1); pero tenemos mucho que temer de las ciencias que están aún en vías de formación, de las cuales puede la impiedad abusar mucho, haciéndolas decir lo que ellas de ninguna manera dicen. Ahí concentran los enemigos todas sus fuerzas.

Por eso los vemos aprovecharse de todas las ciencias nacientes ó informes, y aun de cada nuevo descubrimiento para levantar contra la verdad falsos testimonios. Cada nuevo horizonte abierto á la exploración humana, se convierte enseguida en campo de batalla contra la Revelación. Pero según se van completando los descubrimientos, según van pasando las nuevas ciencias de incompletas é informes á formadas y perfectas, así se van desvaneciendo las falacias y calumnias inventadas por los *sabios* sistemáticos, por los sectarios disfrazados de naturalistas ó de críticos.—Cuanto más brilla una verdad, tanto más resplandece su armonía con las verdades antiguas.

Bien conocido es cuánto abusó la impiedad de la Arqueología, de la Filología y de la Prehistoria, desplegando un celo asombroso en consultar los antiguos monumentos, revolver el polvo de las ruinas y de los sepulcros, y evocar á los antiguos enemigos de Dios; pero también se sabe que estos testimonios, cuando dejan de ser enigmáticos, vuélvense un triunfo brillante de la Revelación. «Los egipcios y los asirios, como dice Vigouroux (2), resucitan en cierto modo para dar testimonio de la verdad... Dios hará que contribuyan al triunfo de su palabra los mismos esfuerzos de aquellos que la combaten».—Si con la Astronomía naciente se trató

(1) *I Regum*, cap. II, v. 3.—(2) *Manuel Bibliques*, 9.^a ed., t. I, p. 383.

de desmentir al Rey de cielos y tierra, ella misma, al llegar á su plenitud, dice por boca de Faye (1), su más ilustre representante, que los cielos pregonan más claramente que nunca la gloria de su Hacedor».

¿Cuánto no se abusó de la naciente Geología? Y ahora esta ciencia, mejor quizá que ninguna otra, ha llegado á patentizar la maravillosa armonía que reina entre la divina palabra revelada y la escrita por el dedo divino en el gran libro de la Naturaleza, descubriéndonos y enseñándonos á leer la historia que nuestro planeta tiene en sus estratos escondida, y que es el comentario más claro y más completo de la contenida en el primer capítulo del Génesis.

Con las demás ciencias naturales nacientes procuraron los impíos desacreditar los dogmas fundamentales de la *Creación* y de la *Providencia* y minar así por su base el orden sobrenatural; pero las mismas ciencias, al acercarse á su perfección, van poco á poco desmintiendo á sus cultivadores sectarios y publicando la necesidad de esos dogmas como única clave para descifrar los enigmas y comprender las verdades del mismo orden natural, y como único fundamento de todas las esperanzas y de todos los nobles sentimientos del corazón humano. «La última palabra de la ciencia, después de tan lar-

(1) *Sur l' Origine du monde*, 3.^a ed., París, 1896, págs. 2 y siguientes.

«En cuanto á negar á Dios, añade el eminente astrónomo (p. 4), es como si desde aquellas alturas se dejara no caer pesadamente sobre el suelo. ¡Esos astros, esas maravillas de la naturaleza habrán de ser efecto del acaso! Nuestra inteligencia, materia que por sí misma se ha puesto á pensar!...

«Es falso que la ciencia haya llegado jamás por sí misma á esa negación. Esta se produce en ciertas épocas de lucha contra las instituciones de lo pasado... porque está en el carácter de la lucha el tratar de romper una arma en las manos de los adversarios. Que la lucha cese, y pronto volverán los espíritus á las verdades eternas, profundamente asombrados de haberlas tanto tiempo combatido».

gos ensayos, de tantos trabajos y de tan fecundos descubrimientos, fué simplemente una repetición, una confirmación, un comentario de lo que Moisés nos dejó escrito hace ya cerca de cuarenta siglos; obligándonos así á reconocer con Ampère, que, ó «Moisés tenía en las ciencias una instrucción tan profunda como la de nuestro siglo, ó estaba *inspirado*» (1).

Si, pues, las ciencias, según van pasando de informes á formadas, se van convirtiendo en defensoras de la fe, ¿qué se sigue de aquí sino la necesidad de tomar en serio el estudio de todas, y principalmente el de las informes, para que un día entonen juntas himnos de gloria al Dios de quien dimana toda verdad y toda ciencia?

«No despreciemos las ciencias naturales, escribe oportunamente el sabio Prelado de Oviedo, Rmo. P. Vigil (2), ni desconfiemos de sus conquistas. Repetidas veces han dado testimonio de la verdad de los libros inspirados; en algunos casos han modificado la exégesis antigua, aportando demostraciones ni previstas ni sospechadas, no ya en los primeros siglos del Cristianismo, pero ni aun en el siglo último, y todos hemos recibido alborozados esas proyecciones de la verdad natural sobre los arcanos de la verdad divina... Los datos acumulados aconsejan al apologeta y al exégeta que tome posiciones anticipadas, para que el día del triunfo no haya más que vencedores».

Este es el verdadero criterio, y no el de los intransigentes, que si para algo sirve, es para dejar á los enemigos la pacífica posesión de las ciencias que más á la fe

(1) Vid. nuestra *Vindicación del Cardinal Gombler*. (Ciudad de Dios, Enero del 96).

(2) *La Creación, la Redención y la Iglesia*. Madrid, 1892, t. I, pág. 463.

pueden perjudicar. Porque es preciso tener muy en cuenta que las ciencias naturales, como ya dejamos apuntado, son las ciencias de nuestros días y el campo escogido por el enemigo para declararnos formidable guerra, desde donde pretende, no ya escalar el firmísimo alcázar de la verdad religiosa, sino minar por su base los fundamentos de nuestra sagrada religión. «En una época anterior á la presente, dice el P. Pesch (1), la filosofía era quien llevaba el estandarte de la rebelión. La batalla se da ahora en nombre de la cultura material, fomentada por la Física».

«Hay que confesar, escribe el ilustre autor de la *Apología científica* (2), que las ideas y tendencias del espíritu contemporáneo, se encaminan ostensiblemente hacia las ciencias naturales, cuyo papel es más importante cada día en la lucha suprema de la fe nueva, monista ó nihilista, contra la fe tradicional de la humanidad.

»No se ha considerado bastante esta evolución significativa de la incredulidad militante del siglo diez y nueve. Después de haber, por largo tiempo, pedido sus medios de ataque, sus armas predilectas, á la crítica histórica, á la exégesis racionalista, á la filología, ha reconocido su impotencia en este terreno y llama en su ayuda á las ciencias físicas y naturales, encargadas en lo sucesivo de consumir la obra de destrucción. Esto, no es tan sólo una alianza, es una verdadera abdicación. El jefe indiscutible del criticismo teológico alemán, Federico Strauss, en un libro titulado su *Confesión* ó su testamento, escribía estas significativas líneas:

«Allí es, á la ciencia de la naturaleza, donde se

(1) *Los grandes Arcanos del Universo* (vers. de Vogel, Madrid, 1890) t. I, p. 3 y 4.—(2) P. 37.

debe ir y donde se irá; allí donde las banderas flotan alegres á merced de los vientos. Nosotros, los filólogos y teólogos críticos, hablamos en vano cuando decretamos el fin del milagro; nuestra sentencia no encuentra eco en ninguna parte, porque no enseñamos á pasarse sin él, porque no sabemos presentar una fuerza de la naturaleza que pueda reemplazarle donde parece necesario. La ciencia (el darwinismo) ha encontrado esta fuerza, esta acción de la naturaleza; ha abierto la puerta por la cual una posteridad más feliz arrojará lo sobrenatural para siempre» (1).

Ya lo oímos: los ataques de la impiedad no van hoy, como en otros tiempos, contra la teología dogmática, sino contra la base de toda teología, de toda ciencia revelada, es decir, contra la misma palabra de Dios contenida en las Santas Escrituras. Y esta palabra infalible trata la impiedad de desmentirla, no con las ciencias abstractas, sino con los datos contundentes y tangibles de las que se llaman positivas, con los testimonios que la naciente humanidad nos ha dejado de sus primeros desarrollos, de sus primeras habilidades, de sus primeras creencias, y sobre todo, con los testimonios grabados por el mismo Dios en las tablas de la naturaleza. «Hoy las teorías puramente racionales, dice á este propósito Duilhé (2), no ocupan el frente de batalla; son las ciencias experimentales y de investigación, las ciencias físicas y naturales, las que turban las conciencias y ponen la fe en peligro. He aquí las riquezas nuevas, las fuerzas vivas, el formidable arsenal de que es preciso apoderarse: tal es la noble empresa que se presenta á los continuadores de la gran Escolástica, á los verdaderos discípulos de Sto. Tomás de Aquino».

(1) Strauss, *L' Ancienne et la Nouvelle foi*, § 54.—(2) *Ob. cit.*, p. 82.

Quien medite este carácter científico de la controversia actual, no podrá dejar de comprender cuánta verdad encierran las palabras del mismo célebre apolo-gista (1), que á continuación transcribimos:

«En la crisis religiosa que atravesamos, una de las primeras condiciones de éxito para el defensor de la fe cristiana, es profesar en todas ocasiones franca estimación á la ciencia positiva, á la verdadera ciencia. Lejos de tratarla como enemiga, debe acogerla como aliada necesaria, providencial, la única que puede con la virtud atraer de nuevo á las almas turbadas ó extraviadas, y volver á la religión su antigua y legítima influencia sobre los pueblos.

»Hay cristianos tímidos, mejor dicho, pusilánimes y además poco ilustrados, que tienen miedo, que «consideran como un monstruo al hombre que tiene dos ojos, el de la ciencia, y el de la fe» (2) y condenan como una debilidad peligrosa, casi como una complicidad culpable, toda opinión en materia libre, toda interpretación nueva, impuesta por descubrimientos indudables. En estos casos, la voz de la tradición es imponente y decisiva.

»El primero de los bienes, dice San Gregorio Nacianceno, uno de los más grandes doctores de la Iglesia, es la *ciencia*; y no entiendo solamente por ciencia la nuestra que trata de la salud y belleza de los bienes espirituales, hablo también de la ciencia profana, que tantos cristianos, ciegos sin duda alguna, rechazan como llena de escollos y peligros y se figuran que nos aleja de Dios... No despreciemos la ciencia porque desagrada á algunos, y consideremos á sus enemigos como hombres

(1) Pág. 79 y sig.

(2) Palabras de Balfour-Stewart, *L'Univers invisible*.

groseros é ignorantes. Quisieran que todo el mundo se les asemejase para que no resaltase su ignorancia entre la de los demás. Buenas costumbres, ó ciencia sola, es como tener un ojo solamente. Los que brillan á la vez en las dos, verdaderos ambidiestros, son los perfectos».

Por aquí se verá cuán descaminados andan los que miran con aversión ó rechazan *a priori* las ciencias naturales, pues esto equivale á entregar á los enemigos de la fe las armas con que más nos pueden combatir y nos combaten. ¿Qué importa que desde el alcázar de la teología dogmática lancen contra ellos algunos dardos, si los lanzan á bulto; ni que en ocasiones traten de salirles al encuentro, si esto es, no pocas veces, para empuñar las famosas *arundines longas* de que hablaba Melchor Cano? «Los ratiocinios *a priori* y los argumentos metafísicos, dice muy bien el P. Zahm (1), excelentes en su lugar y para aquellos que son capaces de apreciarlos, deben ceder el paso á las discusiones establecidas sobre otras bases. Cuando se trata con un geólogo, con un biólogo, con un arqueólogo, con un astrónomo, es preciso combatirle en su propio terreno y volver contra él sus propias armas».

Los que, no fijándose en el carácter de la actual controversia, desatienden en la práctica esta observación de sentido común son, y no otros, los que hacen *concesiones* al enemigo, dejando que pasee triunfalmente su bandera por las novísimas ciencias y que se declare vencedor, sólo porque nadie se presenta á izar la bandera de la verdad. Cierto que estos triunfos serán pasaje-

(1) *De la nécessité de développer les études scient. dans les Séminaires ecclés.*, en la *Rev. des quest. scient.* Octubre, 1894, p. 416.

ros (1); pero, entre tanto, el daño está ya hecho, y de la ruina de las almas pusilánimes, vacilantes en la fe, que han acabado por perderla suponiéndola en oposición con la ciencia, serán responsables los que motivaron el escándalo, que son los que, sin tener en cuenta el discretísimo consejo del Apóstol: «*Omnia probate: quod bonum est tenete*» (2), se apresuran á contraponer la fe á ciertas novedades que, aunque aparenten peligrosas, pueden ser en el fondo muy racionales; y, lo que es peor, á negar verdades científicas sólidamente establecidas, dando así ocasión á los impíos para repetir en son de triunfo que «el desarrollo de la ciencia será la ruina de la fe, porque la fe ha sido y será la enemiga irreconciliable de la ciencia» (3); los que, en fin, con su sistema de *cortar por lo sano*, no sólo rechazan en absoluto las nuevas doctrinas, tanto en lo que tienen de verdaderas como en lo que tienen de falsas, sino que, confundiendo las verdades reveladas y las opiniones filosóficas ó teológicas de autores católicos, dan por dogma de fe lo que nunca lo ha sido ni lo será, lo que, como simple opinión particular, puede resultar falso ó en abierta oposición con los datos científicos. Estos últimos, sobre todo, dan á los impíos todo el trabajo hecho, presentándoles claramente formulados numerosos *conflictos*. Nada más necesitan los librepensadores para decir: «he ahí tal verdad científica contradicha por los *teólogos*; he ahí un

(1) «Afortunadamente, dice con razón el docto agustiniano P. Rodríguez (*Problemas científico-religiosos*, 2.ª ed., Madrid, 1892, p. 6), la supuesta hostilidad entre la Religión y la ciencia y progresos verdaderos, va corriendo la misma suerte que los sofismas, argucias y vulgaridades de los Ebionos, los Nestorios, los Donatos, etc..., cuyos nombres son conocidos por estar citados en la historia de los triunfos de la Iglesia...»

(2) *Ad Thimotheum*, V. 21.—(3) Heeckel, *Hist. de la creación*; Huxley, *La Evolución*, etc.; Schmidt, *Descendencia*, etc.; Kerville, *ob. cit.*; Strauss, *La antigua y la nueva fe*; etc., etc.

dogma que los *teólogos* reconocen como tal, y es un absurdo científico», etc. Y no es de extrañar que los racionalistas, por ignorancia ó por malicia, vendan por dogmas católicos simples opiniones teológicas, cuando ciertos apologistas, tan interesados en lo contrario, les dan ejemplo de esa lamentable confusión.—¿Cuándo nos convenceremos de que ese sistema de *cortar por lo sano* es aquí funesto, pues equivale á cercenar la verdad y á favorecer los progresos del error?

Dícese que los impugnadores de ese criterio somos temerarios: ¿por qué?—Acusar de temerario al que admite hasta la *última verdad* es suponer que las últimas verdades son inseparables del error, como si la verdad y error no constituyeran dos polos tan opuestos como el sí y el nó. ¿A quién le es inevitable el error, sino á quien desprecia y rechaza una verdad cualquiera? Eso sí que es temeridad y no el estudiar las ciencias con ahínco para admitir cualesquiera verdades, aunque vengan del enemigo bando. Que «jamás las verdades que se vayan descubriendo podrán contradecir á las reveladas; antes servirán para confirmarlas más y esclarecerlas con nuevo brillo, pues todas ellas son hermanas que mutuamente se apoyan, por descender de un mismo foco, que es el Padre de las luces» (1).—«El progreso de la ciencia, decía, al acercarse su muerte, el antes famoso *agnóstico* Romanes (2), lejos de debilitar la Religión, ha contribuido de una manera increíble á darle nuevo vigor. La teología de la Revelación completa la de la naturaleza, de suerte que, para quien no tiene lo sobrenatural por fábula, se corroboran lógicamente la una á la otra».

Firmes en esta convicción, no nos conmueve otro

(1) *Vindicación*, etc., art. 2.º (*Ciudad de Dios*, 20 de Enero del 96).

(2) *Thoughts on Religion*, p. 179.

cargo que nos suelen hacer los intransigentes, el de las *concesiones*, el cual rechazaba Duilhé al escribir (1): «Hay una palabra temida particularmente por los que dedican su tiempo y sus fuerzas á demostrar la armonía entre la ciencia y la fe; palabra de que se usa y se abusa inconsideradamente en estos difíciles tiempos, con riesgo de paralizar las voluntades más enérgicas y los mejores propósitos... Cuando el apologista abandona ó modifica, con relación á ciertos hechos ó á ciertos textos, las opiniones antiguas, pero libres, las interpretaciones habituales, que son evidentemente falsas, se califica esto de lamentable *concesión*».

«¿Qué importa, añade J. d' Estienne (2) aludiendo á las citadas palabras de Duilhé, que haya ó no haya esa pretendida *concesión* á los que de la interpretación exegetica hasta ahora admitida se han hecho una arma contra nuestra fe? La exégesis no es la teología, y sobre todo la interpretación no es el dogma; pero la verdad es siempre la verdad. Los exégetas pueden ser engañados por las prevenciones generales de su tiempo, ó simplemente por la falta de desarrollo de los conocimientos, sobre todo en materia de ciencias históricas y naturales. Y, porque los progresos legítimos de éstas llegasen un día á comprobar que ciertas interpretaciones de los relatos bíblicos han sido falseadas por la ignorancia relativa en que se estaba con respecto á hechos de otro orden, ¿sería preciso rechazar la verdad que estas ciencias nos ofrecen, para evitar parecer hacer *concesiones* á los que se sirven de ellas contra nosotros? ¿Sería preciso también, porque las armas de tiro rápido han sido inventadas por el extranjero, que nos atuviéramos en Francia

(1) Pág. 89.—(2) *Le Déluge biblique*, en la *Rev. des Quest. scient.* Octubre, 1885, p. 469.

al antiguo fusil de chispa y á la carga en doce tiempos, á fin de no parecer que se hacen *concesiones* al enemigo?—No se hable, pues, más de *concesiones* y de *compromisos lamentables*, cuando se trata de la investigación de la verdad. Estas son palabras vacías de sentido: *verba et voces*... Esto es, por lo demás, lo que practicaron siempre los Doctores de la Iglesia, y si en los tiempos más florecientes de la filosofía escolástica hubiesen encontrado las trabas, los andadores, las barreras de toda especie en que ciertos espíritus timoratos querrían en nuestros días encerrar á los apologistas, jamás hubiera podido un Sto. Tomás de Aquino edificar la *Suma Teológica*. En el siglo XVI la escuela peripatética quiso introducir en la Iglesia, á propósito de los descubrimientos de Galileo, su intolerancia estrecha y celosa: sabido es el bonito resultado que de ahí se siguió. La lección parece, sin embargo, demasiado dura para que deba no ser olvidada de los exégetas. Para poder defender eficazmente á la Iglesia de los ataques del enemigo, «es preciso poder desplegar libremente las alas».

De todo lo dicho resulta que el criterio de los intransigentes nos priva de los bienes que puede proporcionarnos el estudio de las ciencias naturales, y nos conduce á los tristes resultados que se siguen de dejar esas ciencias en manos de nuestros enemigos. Es, pues, necesario, como decíamos con Duilhé, «colocarse en frente de los nuevos problemas y combatir la mentira científica con la verdad científica».—«Para asegurar el triunfo de la verdad, es preciso, como dice el mismo apologista (1), amar y practicar la ciencia, es preciso apoderarse de sus descubrimientos, de sus prestigios y de su popularidad». «He aquí, añade, unas palabras llenas de buen

(1) Págs. 81 y 90.

sentido, publicadas en un periódico (1) que se precia, con razón, de rigurosamente ortodoxo: «El deber del teólogo consiste en no ahogar con su autoridad privada y por preferencias de doctrina las opiniones útiles á la apologética y al bien de las almas. Rechazar *a priori* toda novedad, aunque fuera muy útil, porque puede haber novedades peligrosas, sería obrar imprudentemente... Decir que la Iglesia se calla sólo por indulgencia, reprobando en silencio, es afirmar lo que se cuestiona».

«Los materialistas, escribe Guibert (2), se han impuesto por mucho tiempo al pueblo, porque casi ellos solos tenían el gran prestigio de la ciencia. Así que es necesario que los jóvenes eclesiásticos adquieran en el saber humano una competencia incontestable, ya para merecer que se los escuche, ya para aprender á hablar con exactitud y energía. No sólo no tienen nada que perder con el estudio de las ciencias humanas, sino que su ministerio apostólico sacará provecho de toda la aplicación que hayan empleado en formarse en ellas. Porque la ciencia no es patrimonio exclusivo de ninguna escuela: se da á todos los que con cuidado la cultivan. Sólo por una interpretación abusiva se la hace servir á la causa del materialismo y del ateísmo. Haciéndola pregonar las glorias del Autor de la naturaleza, los sabios católicos pondrán la ciencia en su verdadero camino».

El Cardenal González dice por su parte (3): «El hombre de la fe y de la ciencia cristiana, si ha de honrar y defender la Iglesia de Cristo en la forma que necesita y aspira á ser defendida, ha de echar mano de

(1) *Controversa*, Octubre, 1883, p. 128.

(2) Guibert, S. S. *Les Origines, Quest. d' Apologetique*, 1896, Préface.

(3) *La Biblia y la Ciencia, Prólogo*, p. xxx y xxxi.

armas nuevas en relación con las empleadas por el enemigo para el ataque... En las guerras intelectuales como en las materiales, la estrategia debe cambiar con el cambio de las armas. Empeñarse hoy en pelear y vencer, conservando y defendiendo soluciones determinadas de la exégesis antigua, interpretaciones dadas á ciertos textos bíblicos relacionados con la naturaleza, cuando ni siquiera se sospechaba la existencia y progresos de no pocas ciencias físicas y naturales de reconocida importancia, sería lo mismo que empeñarse en pelear y vencer en campal batalla á enemigos que manejaran armas de precisión y cañones rayados, haciendo uso de los arcabuces que dieron á los soldados de Carvajal la victoria de Huarina».

Estos testimonios y otros que sería prolijo enumerar, no son más que la expresión, bajo distintas formas, de los deseos y aspiraciones de León XIII, quien recomienda encarecidamente á los teólogos y exégetas el estudio de las ciencias naturales, por ser ellas muy á propósito para mostrar la gloria del Creador, para esclarecer muchas cuestiones de las Santas Escrituras, para autorizar á los hombres de fe y darles armas con que puedan refutar victoriosamente la impiedad (1).

(1) «Congrediendum, dicit, cum illis, qui sui physiorum scientia abusi, sacros Libros omnibus vestigiis indagant, unde auctoribus incertam rerum talium opponant, scripta ipsa vituperent. Quae quidem insimulationes quum res attingant sensibus objectas, eo periculosiores accidunt, manantes in vulgus, maxime in deditam litteris juventutem; quae, semel reverentiam divinae revelationis in uno aliquo capite exerit, facile in omnibus omnem ejus fidem est dimissura. Nimirum sane constat, de natura doctrinam, quantum ad percipiendam summi Artificis gloriam in procreatis rebus impressam optissima est, modo sit convenienter proposita, tantum posse ad elementa sane physiosophiae evellenda corrumpendosque mores, teneris animis perverse infusam. Quapropter Scripturae sacrae doctoris cognitio naturalium rerum bono erit subsidio, quo hujus quoque modi captiones in divinis Libros instructas facilius detegat et refellat...»